

FEBRERO 1960

nº. 86

BOLETIN EL FOGON DE LOS ARRIEROS

No te pares a espantar la perrada del camino

El Fogón de los Arrieros

Registro Nacional de la
Propiedad Intelectual
N°. 495.248

Febrero de 1960

Año VIII - N°. 86

Capataz:

Juan de Dios Mena

Peon:

Aldo Boglietti

HEMOS corrido nuevamente una carrera con el tiempo y éste nos ha sacado una pequeña ventaja. Estamos otra vez atrasados.

Pero esta vez podemos justificarnos ampliamente. Usted por propia experiencia de criollo, ha de saber que nosotros, escribimos, corregimos e imprimimos el **BOLETIN** el último día de cada mes. Y no podría ser de otra manera para poder consignar el último momento del último acontecimiento sucedido en el ámbito de nuestro mundo fogónico.

Pero sucede que este mes de febrero no tiene último día. Le falta, aún con la yapa del bisiesto 1960. Apenas si llega a 29. Y esto nos desorienta. Todos los años nos pasa lo mismo. Nos desorienta esta anomalía sola: que ni los sacerdotes egipcios, ni los astrólogos asirios, ni los nigromantes persas, ni los rechonchos gregorianos, ni los flacos ucristas han podido subsanar. A pesar de todas las presiones sobre el tiempo del tiempo, sobre el peso del número, y sobre la conciencia de la gente.

Además, en febrero, habitualmente ocurre otro acontecimiento ineluctable. Un acontecimiento que podríamos llamar un "desacontecimiento": **EL RAJE INTEGRAL**. Se evapora el cuerpo de redactores. Nuestros pequeños gorilas se disparan a las playas marítimas o a las montañas mediterráneas. Nuestros bacanes emprenden viajes transatlánticos o transcontinentales. Nuestras primeras damas se van a París, a Asunción, a Roma, o a Santa Clara del Mar. Y la redacción y el Fogón quedan desiertos con el conserje Aldo de guardia. Reina entonces una paz soberana y un silencio propicio a la tramoya de acontecimientos que escapan a toda crónica editorial.

Parodiando y ampliando al polaco, podríamos decir que "la paz reina en Varsovia" y en el Fogón. Y que tal paz sin acontecimientos no engendra materia para un numerito de febrero. A menos que sea pobre o escandaloso. O escandalosamente pobre.

Todo lo que podríamos hacer para engordar esta "issue" es transcribir la crónica de París. O algunas traducciones (del francés, por supuesto) de acontecimientos universales de los cuales tenemos la primicia, antes que "Paris Match" o "Life", en español. Y esto por vía de amigos que se complacen en escribirnos cartas impublicables, cuyo único objeto es hacernos saber que "están" en algún lugar lujurioso del mundo, mientras nosotros nos achicharramos en el charco de fuego del legendario Chaco.

Pero no fué tan malo el tigre como suelen pintarlo. Esta nuestra temporada de febrero pudo haber dado por el suelo con la fama de los "Scandals" de París, o las "Follies" de Ziegfeld. ¡Ya quisiéran ustedes ver las dos mil fotos de nuestras primeras bellezas acuáticas en maillots de una y dos piezas. Zambullidas o por zambullirse en la piscina. O escondidas detrás de cortinas estampadas, que tapan y destapan. O sumergidas en coys de ñandutí paraguayo, a la sugestiva "maniére" bardotiana!

Podríamos hacer con este comentario fotográfico obtenido por nuestro fotógrafo viajero —de vacaciones en ésta— nuestra número de febrero, extraordinario. Pero no queremos hacerle la competencia a "Ricuritas". Ni a nuestro número extraordinario de diciembre.

Además, queremos que ustedes también sufran de celos y de envidia. Si quieren satisfacer su curiosidad natural, vengan a nuestra casa a mirar las fotos. Y llevarse algunas de las chicas originales, solteras auténticas. Nos saldrá, además, muchísimo más barato. Sobre todo a nosotros.

Cuento Chaqueño de Agustín Torelló

Al peón Tomé Landaira, por su andar, lo habían rebautizado, en el obraje, con el mote de "Loroupe" voz guaraní que significa: loro al suelo. Era terriblemente despatarrado, de piernas combadas y pies grandes y toscos. Pero si alguien, de buenas a primeras, lo prejuizgaba desmañado y lento, se equivocaba en mucho, pues el hombre no era nada lerdo ni tan torpe como parecía.

Hachero de aguante internado en la selva, trabajaba solo en la tala del quebracho contrariamente a la costumbre de los obrajeros, impuesta por necesidad o precaución, de montear en compañía.

El corte en el tronco rugoso y duro, en ángulo perfecto sin malbaratar ningún hachazo, Tomé pronto lo terminaba antes que un compañero, si al otro lado estaba, terminara el suyo para que, al fin, el quebracho chaqueño, huérfano de soporte, se estremeciera al tumbar sorpresivamente entre crujidos de ramas desgajadas y rotas.

Así, para evitar los rezongos, preludio de hoscos resentimientos, de un compañero de tarea tardo en emparejar su ritmo diestro y seguro, Landaira tomó la costumbre de trabajar aislado. De carácter apacible, la soledad continuada lo hizo reservado y parco de palabras. Muy raras veces se le veía fuera del monte como no fuese en sus salidas semanales hasta el almacén de la explotación para proveerse de los vicios y víveres indispensables. En tales salidas a puntarrieles donde se cargaban los rolizos, a veces, paraba en la posada campera de doña Socorra.

El hachero taciturno se hallaba a gusto en el albergue rústico de aquella mujer, ajada prematuramente más por disgustos y sinsabores que por el vivir agreste y campesino.

La posadera era de un temperamento áspero y de pocas vueltas. Cuando un huésped fastidioso cargoseaba demasiado o algún compadron montaraz se desmandaba, sobre el pucho, la verba tajante de la patrona lo frenaba en seco, pero si el rústico caradura no entendía el prólogo y con hombría obrera intentaba desbravar, era expulsado del rancho-hostería, quieras o no, por la hotelera transformada, de improviso, en marichacho furiosa, rebenque en mano y revólver en la otra. La doña Socorra las tenía bien puestas. Vivía sola y de la única hija que tuvo, Severa de nombre, hacía tiempo que nadie sabía nada; su madre no la mencionaba nunca. Pero esto ya es otra cosa.

Hacheros salidos del bosque trajeron la noticia que a Loroupe se le había aparecido la Reina del Monte.

De tan singular suceso se hablaba en todos los rincones del obraje y evocaba extrañas leyendas, inexplicables para las mentes sencillas, casi primarias de la gente obrajera, hombres y mujeres.

Las mujeres eran las más "sabidoras" de anécdotas supersticiosas al respecto de la misteriosa aparición, presagio de bienandanzas insospechadas o de desgracias sin nombre. No faltaba el escéptico que, con floja convicción, más bien por hacerse el interesante, exponía dudas. Pero todos, quien más quien menos, experimentaban la aprensión temerosa que inspiran las fuerzas ignotas, inmateriales, fuera del alcance de la comprensión humana de todos los tiempos.

Únicamente ña Socorra al saberlo se despa-chó muy suelta de cuerpo:

—¡Psch! Que se busque mujer y no soñar á macanas.

Porque la Reina del Monte solamente se aparece a hombres solos reclusos en la selva verde, enfermos de soledad y de nostalgia.

Rodeado por la vegetación cálida y lujuriente, el hombre se vuelve apático; dormido, lo trastornan pesadillas y despierto se abstrae, imaginativo, absorbido por una pasión mórbida y febril por las beldades soñadas e inalcanzables.

El solitario, relajada su voluntad, ciego a la razón al codiciar imposibles, pronto divaga locamente atraído por sombrías penumbras y contraluces selváticos. Dicen que en la noche sofocante de verano se le aparece una doncella bellísima rodeada de un nimbo sutil y refulgente. Antes que la visión se desvanezca, el hombre debe hablarle... si puede, y pedirle favores y beneficios. Pasado el trance, una energía misteriosa lo impele; el hacha blandirá liviana en sus manos y los árboles de madera pesada como hierro, talmente puestos a su paso por gnomos invisibles, los encontrará sin esfuerzo, macizos, derechos y sin defectos que los desvaloricen.

Los obrajeros creen que el que desprecia a la Reina del Monte, al no adoptar tal comportamiento heroico, caerá en desgracia y, rechazado de toda gente, finará de muerte fea y repugnante.

Y así fue que durante muchas semanas, mientras los otros hacheros descansaban y la salvajina del bosque rondaba en la noche, retumbaba

todavía la hacheada lejana, rítmica, de Tomé Landaíra: —Taán... taán...

El hachero, al imponerse la tarea agotadora, fielmente, como si cumpliera un rito tradicional y sagrado, sentía apaciguarse los sentidos de macho en celo y su alma se liberaba de la obsesión

aniquiladora de deseos quiméricos que perturbaban el entendimiento de quienes no quieren o no pueden recuperarse y, por lo tanto, degeneran en homúnculos malaventurados de la leyenda boscana.

Agustín Torelló.

CARTAS DE LECTORES

Señor Director del Boletín:

Siempre admiré en ese Boletín la suprema banalidad de lo superfluo y la cuidada seriedad de lo "en serio". Por eso escribo para que me aclaren como catalogar el boleto —¡perdón!—, artículo que se publica pomposamente en página central del Boletín, Año VII, Nº 84, Dic. 1959 y que firma un tal Sánchez de Bustamante en Quitilipi. ¿Dónde queda "eso"? y "el tal", ¿no será el mismo que se hace pasar por crítico de arte, de letras, de historia y otros etc., y además por Arquitecto? Pero el hecho es que yo no soy amigo de Raúl Monsegier, pero tengo sumo respeto por el artista, de modo que me permito aclarar que todo lo que dice el artículo es un hato de disparates. (¿Por qué pongo "lo que dice", si no dice nada en verdad?). De solo mirar la foto del mural se descubre:

- 1 — Que no se llama el mural "Tres hombres en un bote" (título de películas en serie), sino: "BOTADORES DE LA LUNA".

Y además, lo que no dijo el famoso "crítico":

Medidas: 1.45 m. ancho
2.34 m. alto

Colores: Los tres boteros anaranjado, violáceo claro y verde. Dominante de la obra: Tonos cálidos dorados. Blancos y verde verde amarillo de intensidad y valor medianos, como color de contraste.

Sombras: Oscuras, dentro de un violáceo casi neutro de valor muy bajo, todando a negro.

Ritmo: Dos campos fundamentales: el de los remeros y el de las sombras, unidos por una gran forma curvilínea y por un ritmo insistente de horizontales.

Materiales utilizados: Resinas sintéticas sobre base de enlucido en yeso.

Ubicación: Paño libre ubicado directamente frente a la puerta de acceso al local.

Iluminación: Durante el día luz natural. Artificial, una fuente de luz a dos metros del eje perpendicular de la obra, lámpara perlada de 70w. no presenta sombra ni reflejo alguno.

Y eso es todo. Muchas gracias, Señor Director.

UBALDO MARTINEZ
Libr. Err. 0781064

LLAVE N.º 260

Gustavo Adolfo Udry es llave N.º 260 del Fogón. Entre otros de sus grandes méritos está el haber peleado con Urquiza en Caseros y con Mitre en Pavón. Actualmente, y a su pedido está radicado en Goya donde dirige un curso de dialéctica.

FRASES DEL FOGON

"La voz de orden de hoy, para todos nosotros, no puede ser sino ésta: sin ceder nada en el plano de la justicia, no abandonar nada en el de la libertad". - ALBERT CAMUS.